

El fraude del capital social. Consideraciones críticas en torno a ‘E Pluribus Unum’

The Fraud of Social Capital. Critical Remarks on ‘E Pluribus Unum’

ENRIQUE MARTÍN CRIADO
Universidad Pablo Olavide (España)
martincriado@gmail.com

«*E Pluribus Unum*» es la última publicación donde Putnam ha utilizado el supuesto concepto de capital social (a partir de ahora, CS). Este término tiene en Putnam un significado muy distinto del que reviste en otros autores, como Bourdieu (1980) —para quien designa al conjunto de relaciones sociales que un individuo puede movilizar para obtener otros recursos—: se trata del mismo término, pero de diferentes conceptos. Veremos en qué consiste el CS en Putnam y las contundentes críticas recibidas, para abordar a continuación «*E Pluribus Unum*»¹.

¿CONCEPTO?

Putnam comenzó a asentar su fama con un libro, *Making Democracy Work*, donde presuntamente demostraba que las regiones italianas donde el Gobierno funcionaba mejor eran las que habían desarrollado más conciencia cívica gracias a una intensa vida asociativa. Este libro fue bien acogido por algunos, aunque importantes teóricos hicieron contundentes críticas a su argumento². Putnam no se desanimó. Impulsó el concepto de CS —uniendo normas, redes, confianza, conciencia cívica— y defendió que el CS era la causa de todos los bienes imaginables —democracia, desarrollo económico, mejor salud, menos violencia...— y que Estados Unidos había sufrido un peligroso declive en CS. Publicó los resultados en varios artículos y en un libro, *Bowling Alone*, muy afamado pese a las contundentes críticas recibidas.

¹ Agradezco las críticas y comentarios realizados por Pedro Torres Padilla y Miguel Cañzos.

² Brevemente, decían que Putnam no había demostrado nada, sino simplemente tomado uno de los rasgos que diferencian a estas regiones como supuesta explicación, cuando era un efecto más de otras muchas causas que Putnam pasa por alto.

Putnam (1995: 67) define el CS como «rasgos de la organización social como redes, normas y confianza social que facilitan la coordinación y la cooperación para el beneficio mutuo». En principio, el CS se define por la función: incluiría todo aquello que facilita la coordinación para el *beneficio mutuo*: solo entraría aquello que produce efectos positivos³ —por lo que decir que tiene efectos buenos es tautológico—. Pero, a continuación, Putnam describe una serie de mecanismos difusos⁴ —que repite en muchos textos sin especificarlos gran cosa—, que podríamos esquematizar como un proceso: 1) Los individuos se asocian voluntariamente; estas experiencias repetidas cara a cara producen reciprocidad a nivel local y generan una confianza particularizada en los otros miembros de la asociación; 2) La experiencia cambia su percepción, generalizando la *confianza particularizada* en *confianza social* y reforzando su gusto por los beneficios colectivos; y 3) Este gusto se generaliza, generando una conciencia cívica y una participación política cívica.

Putnam basa su *teoría* en un mecanismo básico: participar en asociaciones voluntarias incrementa la *confianza social*, que a su vez genera mayor conciencia cívica, fomentando la cooperación y la participación política. Su argumento solo es válido si esta relación se da de forma generalizada. ¿Ocurre así? La respuesta que dan muchas investigaciones es rotunda: no⁵ (De Filippis, 2001; Fischer, 2001; Foley y Edwards, 1999; Knack y Keefer, 1997; Paxton, 1999; Stolle y Hooghe, 2004). Lo único que une a los elementos amalgamados en el CS es una imagen ideal: una comunidad integrada cuyas asociaciones persiguen fines buenos y los consiguen, fomentando la conciencia cívica. Putnam supone que todo funciona bien —que las asociaciones no fomentan el cierre social o virtudes poco cívicas— para concluir que todo funciona bien⁶. Por ello, relega a un segundo plano la evidencia que muestra que una intensa vida asociativa o comunitaria puede generar consecuencias sociales nefastas —el *lado*

³ Definido así, solo entraría aquello que tiene efectos beneficiosos; la investigación debería dirigirse a esto, e incluir todo aquello que tuviera estos efectos, dejando a un lado lo que tuviera efectos negativos o nulos. El camino alternativo sería definir unos elementos y ver si sus efectos son beneficiosos o no. Putnam toma alternativamente ambos caminos, lo que genera una enorme confusión, especialmente si tenemos en cuenta que en su definición se mezclan causas y efectos.

⁴ «Las redes de compromiso cívico fomentan firmes normas de reciprocidad generalizada y estimulan la emergencia de confianza social. Estas redes facilitan la coordinación y la comunicación, amplifican reputaciones y así permiten resolver dilemas de acción colectiva. Cuando la negociación política y económica está encastrada en densas redes de interacción social, se reducen los incentivos para el oportunismo. Al mismo tiempo, las redes de compromiso cívico incorporan éxito pasado en la colaboración, lo que puede servir como un patrón cultural para futura colaboración. Finalmente, las redes densas de interacción probablemente amplían la identidad de los participantes, desarrollando el “yo” en un “nosotros” [...] o ampliando el gusto de los participantes por los beneficios colectivos» (Putnam, 1995: 67).

⁵ La evidencia es tan abrumadora que hasta una autora partidaria del CS como Letki concluye que el CS «es un fenómeno de múltiples capas y facetas, y sus diversas dimensiones tienen distintos determinantes» (Letki, 2008: 119), lo que, sin eufemismos, significa que el concepto amalgama en un confuso paquete fenómenos heterogéneos que deberían analizarse de forma independiente (Fischer, 2001).

⁶ Así, Putnam supone que las asociaciones incrementan el flujo de información y que este llevará a una participación política más tolerante, informada, democrática. Pero las redes sociales también difunden falsos rumores basados en prejuicios respecto a grupos estigmatizados (Elias y Scotson, 1997).

oscuro del CS o *CS negativo*⁷—. Portes (1988) señala cuatro: a) cierre social y exclusión de los *outsiders*; b) exceso de exigencias a los miembros; c) restricciones a la libertad individual; d) normas niveladoras hacia abajo. Todo esto queda fuera de la teoría de Putnam porque vacía de contenido la vida asociativa: sus efectos *en sociedades reales* no son homogéneos; dependen de su estructura interna, de las relaciones de poder, de sus normas, del contexto... Al ignorar esto, se pierde toda capacidad de explicación.

METODOLOGÍA ‘AD HOC’

En Bourdieu o en Coleman, el CS caracteriza a individuos o grupos bien circunscritos. Putnam lo extiende como rasgo de toda una sociedad. El CS debe captarse por indicadores que sirvan para una sociedad entera —encuestas o registros administrativos—, lo que deja fuera aquello difícil de medir —como las normas de reciprocidad— y vacía de contenido elementos como la confianza o las asociaciones.

La confianza es un elemento clave del CS. Putnam distingue *confianza particularizada* —en los otros miembros de mi grupo— y *confianza social* —en todos los miembros de la sociedad—. Esto parece problemático: ¿existe una confianza general en todos los miembros de una sociedad? Uno podría pensar que se confía en determinados individuos o grupos en determinadas circunstancias respecto a determinados comportamientos. Putnam no responde a esta pregunta, simplemente mide esta entelequia. ¿Cómo? Mediante encuestas. En *Bowling Alone* la confianza se reduce a dos ítems, a los que solo se puede responder por sí o no⁸: «se puede confiar en la mayoría de la gente», «la mayoría de las personas son honestas». Putnam ni siquiera elabora una escala con varios enunciados —sería lo mínimo, si la *confianza* es un elemento clave del CS; pocas veces un elemento *teóricamente tan importante* se redujo metodológicamente a tan poco—. Se limita a estas preguntas que acumulan los peores vicios que puede tener una pregunta de encuesta: carecen de significado unívoco —¿qué es *confiar* o *la mayoría de la gente?*—, por lo que ignoramos qué se está respondiendo realmente, si el significado varía en distintas épocas, sociedades o grupos sociales, o el efecto de la deseabilidad social en las respuestas. Varias investigaciones (Foley y Edwards, 1999; Ponthieux, 2006: 98; Stolle *et al.*, 2008) llegan a conclusiones que comprometen seriamente la validez de estas preguntas: las respuestas varían mucho en función de cómo se enuncien y de su lugar en el cuestionario —parecen más efecto de la situación que de una actitud general—, tienen un fuerte efecto de deseabilidad social —se interpretan como preguntas sobre la propia moralidad del encuestado— y no hay evidencia de que cambios en las tasas de respuesta a lo largo del tiempo reflejen otra cosa que cambios en la forma de interpretar la pregunta. Las respuestas están muy correlacionadas con el estatus socioeconómico y otros indicadores

⁷ Así, se ha encontrado intensa vida asociativa en la Ruanda previa al genocidio, en la Alemania pre-nazi, en Belfast, en la mafia italiana, en los cárteles de la droga en Colombia o ha servido para mantener la segregación racial en el sur de Estados Unidos (Durlauf, 1999; Foley *et al.*, 1999; Portes y Vickstrom, 2011).

⁸ Putnam ni siquiera utiliza una escala con estas preguntas: sería lo lógico, ante la dificultad de dar una respuesta categórica (sí/no).

de buena calidad de vida —están determinadas en gran medida por las seguridades que ofrece la posición social— y, una vez controladas estas variables, desaparecen las correlaciones entre asociacionismo y confianza social o entre confianza particularizada y confianza social que postula Putnam (Herrerros y De Francisco, 2001: 11-13).

La vida asociativa tiene un peso importante —8 de los 14 ítems— en el índice sintético de CS de *Bowling Alone*. Esto genera dos problemas:

1. El índice solo mide presencia/ausencia de asociaciones y de participación en ellas. Desaparece todo rasgo que pueda diferenciarlas —contenido, estructura, fines, contextos socioeconómicos y políticos— y con ello toda posibilidad de explicar sus diferentes efectos (Fischer, 2001; Foley y Edwards, 1999).
2. El índice privilegia las asociaciones formales, institucionalizadas, frente a otras formas de agrupamiento. Pero muchos grupos funcionan de forma continua sin estar registrados: hay una tendencia desigual a institucionalizarlos, que depende del tipo de actividad, de la clase social, de los beneficios —o perjuicios, p. ej., en una dictadura— que se deriven de la institucionalización. Ello tiene dos consecuencias:
 - A. Introduce un fuerte sesgo de clase. Muchos estudios muestran que en los barrios más pobres existe una red de relaciones informales más densa que en los de clase media, mientras que en estos hay más asociaciones formales (De Filippis, 2001; Letki, 2008; Portes, 1998). De ahí que el índice de CS correlacione con el estatus socioeconómico y varíe mucho cuando se toman otros indicadores de sociabilidad⁹.
 - B. Se dejan fuera formas de participación y asociación que no se institucionalizan. Según Stolle y Hooghe (2004), el supuesto declive del CS en Estados Unidos solo se sostiene excluyendo novedosas formas de participación y activismo mucho menos institucionalizadas.

El índice sintético de CS es una amalgama incoherente de indicadores. Sin criterios claros, imperan la discrecionalidad¹⁰ y los argumentos ad hoc: Putnam puede elegir los indicadores que mejor le convengan para demostrar lo que le convenga¹¹ —y otros investigadores pueden construir otros indicadores para demostrar lo contrario—. Así, numerosos investigadores¹² criticaron el supuesto declive del CS en Estados Unidos que defendía

⁹ En *Bowling Alone* la sociabilidad informal se reduce a dos ítems: la persona declara «haber pasado mucho tiempo con amigos el año pasado» y número medio de recepciones organizadas en la vivienda el año pasado. El primero es dicotómico —en lugar de una escala de acuerdo— y de significado incierto —¿qué significa *mucho tiempo*?, solo teniendo en cuenta la teoría de los grupos de referencia, uno sabría que sociabilidades muy distintas pueden recibir respuestas idénticas—; el segundo puede variar mucho en función del tamaño de la vivienda...

¹⁰ Los indicadores varían mucho de unos investigadores a otros y los criterios pueden ser tan peregrinos como el de Paxton: para decidir qué instituciones estatales incluir en su índice de confianza, eligió «aquellas a las que se dedicaban más capítulos en una muestra de libros de introducción a la sociología» (1999: 106).

¹¹ Con ello no quiero sugerir un propósito deliberado de engaño: quizás simplemente se trate de la habitual tendencia a aferrarse a las propias hipótesis.

¹² *Cfr.*, entre otros, Ladd (1996), Fisher (2001) o Paxton (1999).

Bowling Alone: utilizando otros indicadores se obtenía un mantenimiento o un aumento del CS. También se criticó la forma de manejar los datos de Putnam¹³.

¿CAUSALIDAD?

Putnam le atribuye al CS todo tipo de efectos benéficos: más democracia o desarrollo económico, menos violencia o delincuencia, más éxito escolar, mejor salud... Pero los resultados que obtienen otros investigadores son muy variados y muchas investigaciones no respaldan su optimismo (Ponthieux, 2006). Ello se debe a serias deficiencias en la *teoría* de Putnam —aparte de las ya señaladas—.

Primera: al vaciar las asociaciones de toda característica, al reducir las a presencia/ausencia, se eliminan los rasgos que podrían explicar sus efectos. Así, la densidad de asociaciones puede fomentar o no el desarrollo económico en función de sus características, del contexto —p. ej., del lugar de la economía local en la división internacional del trabajo—, de las luchas de poder, de los recursos disponibles... (Portes y Landolt, 2000; DeFilippis, 2001; Foley y Edwards, 1999).

La segunda es la ausencia de control de la causalidad. Una correlación no implica causalidad; si se miden los fenómenos relacionados en el mismo espacio temporal, la causalidad puede ir en un sentido u otro. Una sociedad con más confianza y asociaciones puede ser el efecto —más que la causa— de un buen nivel económico, un buen gobierno o un bajo nivel de violencia (Durlauf, 1999; Foley y Edwards, 1999; Portes y Vickstrom, 2011). Así, muchas investigaciones han mostrado que son las actuaciones gubernamentales —sus políticas sociales y redistributivas, la seguridad jurídica que garantizan...— las que pueden promover niveles elevados de confianza, conciencia cívica y asociacionismo, como ocurre en Dinamarca: las asociaciones se expanden porque el Estado las financia y acude constantemente a ellas para negociar y ejecutar las políticas estatales (Torpe, 2003). La gente se asocia cuando tiene sentido, cuando tiene efectos en las decisiones políticas y en su puesta en funcionamiento. Las políticas estatales —para Putnam una variable dependiente— son una de las grandes variables independientes *olvidadas* por este autor (Herreros y De Francisco, 2001; Letki, 2008; Ponthieux, 2006: 102-103).

La última es la ausencia de control de relaciones espurias: muchos de los supuestos efectos del CS desaparecen al introducir variables de control, que pueden ser origen a la vez de un elevado CS y de sus presuntos efectos benéficos. Así, el efecto del CS sobre el éxito escolar desaparece cuando se controlan edad, sexo y conocimiento de inglés de los niños, estatus socioeconómico de los padres y tiempo de residencia en Estados Unidos (Portes, 2000). La mayoría de los efectos beneficiosos del CS —sobre el desarrollo económico, la salud, la criminalidad...—

¹³ Así, Putnam ponía mucho énfasis en el descenso de miembros de la Parents Teachers Association. Ladd (1996) demuestra que se debe en gran medida al descenso de la natalidad. Otros datos muestran que la participación activa —a diferencia de la mera pertenencia formal— aumenta: los padres asisten más a los consejos escolares y a las actividades de la PTA. Pero los registros no reflejan esta participación porque muchas asociaciones de padres de alumnos han dejado de inscribirse en la PTA (Ladd, 1996; Stolle y Hooghe, 2004).

desaparecen controlando por nivel socioeconómico, educativo y por desigualdad social: el CS y sus presuntos efectos derivan ambos de causas estructurales más amplias (Fischer, 2001; Foley y Edwards, 1999; Portes y Vickstrom, 2011).

Ni el CS es un concepto, ni sus diversos elementos están necesariamente relacionados, ni hay una metodología coherente, ni produce los efectos que se le imputan. Además, al insistir en las asociaciones y la confianza como origen de las *bendiciones* más diversas, Putnam *olvida* elementos estructurales esenciales —la desigualdad económica, los recursos, el Estado...— buscando la fuente de la pérdida de CS en el empleo femenino, la televisión o... los inmigrantes.

¿NEGROS O INMIGRANTES?

En 2007 Putnam publica «*E Pluribus Unum*». Aunque su artículo rebosa de precauciones —comienza alabando los beneficios de la inmigración y concluye predicando la superación de las divisiones étnicas—, su argumento central es que a corto y medio plazo la inmigración es perjudicial, porque aumenta la diversidad cultural y daña el CS. Se basa en una encuesta en Estados Unidos, con datos de características sociodemográficas de los individuos y de los distritos donde habitan, así como con las habituales preguntas en torno a CS, que presenta en gráficos de regresión y en un análisis multivariado.

Putnam habla de inmigración, pero mide *razas*: su indicador principal es la proporción de negros, asiáticos, latinos y blancos en el distrito. Él lo justifica diciendo que da una buena aproximación al número de inmigrantes —es falso, hay muchos más negros norteamericanos que inmigrantes en Estados Unidos—. ¿Por qué no utiliza la nacionalidad, un indicador mucho más aproximado? La respuesta más plausible es que su efecto sobre el indicador de CS es aún más débil: Beta de 0,02, frente al de 0,04 de diversidad étnica, a su vez muy por detrás de factores como el nivel económico y educativo.

Putnam tiene una concepción sustancialista de la raza. Así, identifica diversidad étnica con diversidad cultural: la cultura iría pegada a la piel, por mucho tiempo que se lleve en una sociedad. Para él, la cultura se hereda; de ahí que afirme que la diversidad aumentará porque los inmigrantes tienen más hijos (p. 140): un hijo o nieto de asiáticos seguirá siendo un asiático con una *cultura* distinta¹⁴.

Sus datos nos muestran: a) el nivel material y educativo es el principal determinante del CS; b) ambos están muy relacionados con la etnia; c) en los barrios con más diversidad étnica la gente confía menos en sus vecinos; este efecto es mayor cuanto más pobre es el barrio y cuando quien responde es blanco. En otras palabras, que «muchos americanos están incómodos con la diversidad» (Putnam, 2007: 158). Podríamos resumir así el artículo: «En una sociedad, como Estados Unidos, con profundos antagonismos étnicos, quienes viven

¹⁴ Putnam incorpora en su argumento muchos supuestos muy cuestionables sobre cultura, cohesión social y etnias: tiene una concepción primordialista de las etnias (Río Ruiz, 2002), identifica las culturas como conjuntos integrados perfectamente delimitables por naciones o etnias, o supone que la cohesión social solo es posible con homogeneidad cultural (Martín Criado, 2010: 93-115 y 156-162).

en barrios étnicamente heterogéneos confían menos en sus vecinos, especialmente en barrios pobres». ¿Trivial? Totalmente. Por ello, Putnam transforma el argumento —y con él la responsabilidad—: el problema no es la estratificación étnica, sino la presencia de inmigrantes...

El artículo adolece de los fallos metodológicos que ya conocemos. Putnam relega el enorme efecto de la desigualdad social y la pobreza —que va unida a diversidad étnica—. Así, su argumento comienza con unos gráficos que exhiben una regresión de manual entre diversidad étnica e indicadores de CS, pero que no controla por otras variables —aunque disponga de un análisis multivariado que presenta más adelante—. ¿Por qué? Porque se vería que buena parte de la relación es espuria (Portes y Vickstrom, 2011). Otro ejemplo: Putnam (2007: 141) asegura que la diversidad étnica causa mayor rotación e insatisfacción en el trabajo. Pero en una sociedad estratificada étnicamente las minorías étnicas acceden a los peores trabajos: la diversidad étnica y la insatisfacción y rotación son consecuencias de la misma causa, la estratificación étnica del mercado laboral¹⁵.

Putnam, asimismo, selecciona los indicadores que quiere cuando quiere y recurre a explicaciones *ad hoc* cuando los datos no satisfacen sus expectativas. Así, sus datos muestran relación positiva entre diversidad étnica y conocimiento y participación políticas —excepto en el voto—. Se podría concluir que la diversidad étnica aumenta la conciencia cívica crítica... Putnam no lo hace¹⁶.

Tras «*E Pluribus Unum*», numerosas investigaciones indagaron la relación entre inmigración y CS. Los resultados, previsiblemente, fueron diversos. Primero, porque si se mide algo, es el grado de antagonismo étnico, variable en las distintas sociedades. Segundo, porque, sin teoría sólida, los indicadores son muy diversos y dan resultados distintos. Muchos estudios mostraron que el vínculo entre diversidad étnica y CS desaparece una vez controlado el nivel socioeconómico y educativo —aunque otros no encontraron ese efecto espurio— y que la mayoría de los efectos son de composición¹⁷. Las investigaciones y revisiones de Gijsberts *et al.* (2011), Letki (2008), Portes y Vickstrom (2011) o Sturgis *et al.* (2010) llegan a conclusiones similares: el vínculo entre inmigración y CS es débil, contingente de muchos factores, y lo importante es la diversidad desigual, no la mera diversidad.

Todos los problemas teóricos y metodológicos se derivan de desvincular la *explicación* de la historia de la estratificación étnica en Estados Unidos y de sus relaciones con la estructura económica, política o social. Podemos ver la vacuidad del análisis de Putnam comparándolo con los de Quillian (1999) o Wilson (1987), que investigaron la evolución de los ghettos negros de los centros urbanos de Estados Unidos. Estos, hasta la década de 1960, eran barrios obreros integrados, donde convivían también muchos blancos obreros y familias

¹⁵ Especialmente cuando una táctica habitual para dividir a grupos de trabajadores cohesionados y para bajar salarios es introducir inmigrantes o miembros de minorías étnicas dispuestos a aceptar jornadas más largas y salarios más bajos.

¹⁶ Otro ejemplo: como el grado de religiosidad no confirma sus previsiones, Putnam (2007: 168, n. 30) recurre a un argumento *ad hoc*: «esto parece reflejar diferencias regionales en religiosidad».

¹⁷ El efecto del barrio es composicional cuando deriva de que en él habitan muchas personas con poco CS —es efecto de la suma de los CS individuales, no de la interacción—. Como los inmigrantes llevan menos tiempo de residencia, conocen menos la lengua y tienen menos acceso a recursos y redes estatales, suelen tener menos CS.

negras de clase media; la población marginal era minoritaria. Desde entonces, se producen dos transformaciones esenciales. Primera: el éxito del movimiento de los derechos civiles disminuye la segregación racial —en universidades, en acceso a viviendas...—; muchas familias negras de clase media se trasladan a barrios blancos de clase media. Ello repercute en sus antiguos barrios —hay menos familias de clase media— y en los nuevos —muchas familias blancas abandonan los barrios donde se instalan negros—. Segunda: las fábricas de los centros urbanos cierran o se trasladan a los suburbios, multiplicando el desempleo en estos barrios. Ambos movimientos generan —por éxodo y desempleo— un empobrecimiento progresivo de estos barrios, que también abandonan las familias obreras estables, especialmente las blancas. Todo ello genera un aislamiento social creciente de estos barrios: sus habitantes carecen de redes para acceder a un empleo estable —sus conocidos también son desempleados—; niños y jóvenes se socializan en entornos donde casi nadie tiene un trabajo regular. Se crean así unos ghettos con una subcultura específica: sin el contrapeso de las clases medias y de las familias obreras estables, el desempleo, la asistencia social, la economía irregular y la delincuencia se convierten progresivamente en normales. La concentración y el aislamiento social multiplican los efectos de la escasez de recursos y agudizan la competencia —y las tensiones étnicas— entre las familias que quedan allí.

En este relato también hay redes sociales, confianza, segregación... Pero estos elementos se estudian en su evolución histórica y en su relación concreta: ello nos permite comprender las dinámicas que generan y agudizan la tensión étnica o la segregación, su relación con cambios económicos o políticos, sus efectos en las redes sociales y la cultura. Son estos procesos los que nos permiten explicar la realidad y los que quedan fuera de los trucos estadísticos y las comunidades imaginadas de Putnam.

Se han dedicado muchos fondos y esfuerzos a medir el CS, a fomentarlo, a investigarlo, a especular sobre los *benéficos* efectos de esta *bendición*. Podemos considerar toda esta inversión como un descomunal desvío de fondos de las cuestiones —científicas y políticas— realmente importantes. Como un verdadero fraude.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURDIEU, P. (1980), «Le capital social. Notes provisoires», en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 31: 2-3.
- DE FILIPPIS, J. (2001), «The Myth of Social Capital in Community Development», en *Housing Policy Debate*, 12 (4): 781-806.
- DURLAUF, S. (1999), «The Case “Against” Social Capital», en *Focus*, 20 (3): 6-10.
- ELIAS, N. y SCOTSON J. L. (1997), *Logiques de l'exclusion*, Fayard, París.
- FISCHER, C. S. (2001), «Bowling Alone: What's the Score?», en paper presentado en la sesión «Author Meets Critic: Putnam, Bowling Alone» de las reuniones de la American Sociological Association, Anaheim, California.
- FOLEY, M. W. y EDWARDS, B. (1999), «Is It Time to Disinvest in Social Capital?», en *Journal of Public Policy*, 19 (2): 141-173.
- GIJSBERTS, M., VAN DER MEER, T. y DAGEVOS, J. (2011), «Hunkering Down in Multi-Ethnic Neighbourhoods?», en *European Sociological Review*, doi: 10.1093/esr/jcr022

- HERREROS, F. y DE FRANCISCO, A. (2001), «Introducción: el capital social como programa de investigación», *Zona abierta*, 94/95: 1-46.
- KNACK, S. y P. KEEFER (1997), «Does Social Capital have an Economic Payoff? A Cross-Country Investigation», en *Quarterly Journal of Economics*, 112: 1251-1288.
- LADD, E. C. (1996), «The Data Just Don't Show Erosion of America's "Social Capital"», en *The Public Perspective*, 7 (4): 4-22.
- LETKI, N. (2008), «Does Diversity Erode Social Cohesion?», en *Political Studies*, 56: 99-126.
- MARTÍN CRIADO, E. (2010), *La escuela sin funciones*, Bellaterra, Barcelona.
- PAXTON, P. (1999), «Is Social Capital Declining in the United States? A Multiple Indicator Assessment», en *American Journal of Sociology*, 105 (1): 88-127.
- PONTHIEUX, S. (2006), *Le capital social*, La Découverte, París.
- PORTES, A. (1998), «Social Capital: Its Origins and Applications in Modern Sociology», en *Annual Review of Sociology*, 24: 1-24.
- (2000), «The Two Meanings of Social Capital», en *Sociological Forum*, 15 (1): 1-12.
- PORTES, A. y LANDLOT, P. (2000), «Social Capital: Promise and Pitfalls of its Role in Development», en *Journal of Latin American Studies*, 32: 529-547.
- PORTES, A. y VICKSTROM, E. (2011), «Diversity, Social Capital, and Cohesion», en *Annual Review of Sociology*, 37: 461-479.
- PUTNAM, R. D. (1995), «Bowling Alone: America's Declining Social Capital», en *Journal of Democracy* 6, (1): 65-78.
- (2000), *Bowling Alone*, Simon & Schuster, Nueva York.
- (2007), «E Pluribus Unum: Diversity and Community in the Twenty-first Century», en *Scandinavian Political Studies*, 30 (2): 137-174.
- QUILLIAN, L. (1999), «Migration Patterns and the Growth of High-Poverty Neighborhoods, 1970-1990», en *American Journal of Sociology*, 105 (1): 1-37.
- RÍO RUIZ, M. A. (2002), «Visiones de la etnicidad», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 98: 79-106.
- STOLLE, D. y HOOGHE, M. (2004), «Inaccurate, Exceptional, One-Sided or Irrelevant? The Debate about the Alleged Decline of Social Capital and Civic Engagement in Western Societies», en *British Journal of Political Science*, 35: 149-167.
- STOLLE, D., SOROKA, S. y JOHNSTON, R. (2008), «When Does Diversity Erode Trust?», en *Political Studies*, 56: 57-75.
- STURGIS, P., BRUNTON-SMITH, I., READ, S. y ALLUM, N. (2010), «Does ethnic diversity erode trust?: Putnam's "hunkering-down" thesis reconsidered», en *British Journal of Political Science*, 41: 57-82.
- TORPE, L. (2003), «Social Capital in Denmark: A Deviant Case?», en *Scandinavian Political Studies*, 26 (3): 27-48.
- WILSON, W. J. (1987), *The Truly Disadvantaged*, University of Chicago Press, Chicago y Londres.